

Semblanzas



Armando Fernández: Un Lenin aquí

José Ignacio GRACIA NORIEGA

La primera vez que vi a Armando Fernández, en el Seminario de Oviedo, durante una conferencia aménada de Joaquín Ruiz Jiménez, plagada, ya en los primeros tiempos de la transición, de buenas intenciones antes que de formulaciones verdaderamente prácticas, no me sorprendió tanto su parecido con Lenin como su actividad incansable; a lo largo de la intervención del beatífico líder de Izquierda Democrática, no dejó de revolverse en su asiento, al tiempo que gruñía, le hacía comentarios a una señora que estaba a su lado, se llevaba las manos a la calva cabeza, sacaba un bloc, tomaba notas, volvía a gruñir... Yo no sabía lo que le sucedía a aquel hombre: si manifestaba, de aquel modo, un inusual entusiasmo por el conferenciante, o si, por el contrario, le expresaba su repulsa. Por medio de gestos. Acaso el propio Armando no supiera aclarármelo a ciencia cierta, porque, seguramente, lo que pretendía era hacerse notar. En aquel salón, aquella tarde, había otras personas con parecidas aficiones a la política, entonces casi inéditas, como don Pedro de Silva, que ocupaba su asiento modoso y atento; pero Armando Fernández nunca se resignó a admitir que de la actividad política estuviera excluida la exuberancia.

Armando es un político vocacional; no sabemos si su parecido con Vladimir Illitch lo llevó, desde el primer día en que se dejó perilla, al apasionamiento por la «cosa pública», venga de donde venga. Nadie con más vocación que él hacia la política en todo el Principado, con la excepción de don Antonio Masip; es más, si Armando Fernández hubiera sido Antonio Masip estoy seguro de que a estas alturas también era alcalde de Oviedo. Pero jugaba en inferioridad de condiciones, aunque, si vamos a ver, la Sociedad de Amigos del Sáhara o la sociedad vaporosa aunque asturiana llamada «Andecha», presidida por Armando, de la que, a la vez, debía de ser el único miembro, tenían la misma finalidad de promocionar a sus cabezas visibles. A Armando también le tentó la política municipal, aunque no encontró campo, o llegó tarde a la cancha; pero nada que estuviera en su mano era excluido a la hora de buscarle publicidad: «Andecha», el bingo, las ambulancias, la plaza de la Escandalaria, el robo de las joyas de la Cámara Santa, o su parecido con Lenin; siempre desde segunda o tercera fila, pero siempre presente. Como la propuesta a entrar en cualquier candidatura puede venir de cualquier parte, nunca se definió demasiado en el

terreno ideológico, pero yo creo que podía encajar muy bien en el PSOE (histórico). Su parecido con Lenin fue aprovechado por el cine, donde hizo aparición como el mencionado, pero aburrió al director. A quien también le tenía comida la moral era a Pedro Pascual, exigiéndole una página semanal de LA NUEVA ESPAÑA para exponer sus teorías por escrito. A la pluma recurre Armando en muchas ocasiones, con mayor o menor fortuna, lo mismo defendiendo la escuela de aprendices de la Fábrica de Armas de Trubia, que proponiendo para sí mismo algún reconocimiento, que atacando alguna forma de caciquismo, cierta o supuesta. Sin embargo, la expresión oral es la más corriente en este ciudadano, algo más alto que Lenin; en plazas o aceras, bares o sidrerías, tenemos a Armando pronunciando un inacabable, inagotable y apasionado mitin de características municipales y radicales. Todo está mal hecho, ningún político sabe hacer la o con un canuto, él puede hacerlo todo mejor, con mayor dedicación y entusiasmo. Dedicación y entusiasmo no se le pueden negar, desde luego; la efectividad, se verá, si es que tiene algún día oportunidad de demostrarla.

Pionero de muchas cosas, lo es, sin duda, del asturianismo itinerante. En cierta ocasión se propuso llevarle la bandera de Asturias y la Cruz de la Victoria (en reproducción, se entiende), al Príncipe de Asturias, haciendo el viaje hasta Madrid a pie, como aquellos bizarros romanos que venían a pie a Asturias, y de paso, hacían puentes. De este modo, un asturiano peregrino atravesaría puertos de montañas y recorrería la Meseta haciendo ostentación evidente (tenía pensado llevar la bandera desplegada) de asturianidad. Pero se le plantearon, incluso antes del inicio del viaje, dificultades diversas: la primera, que no había en toda Asturias una sola bandera de Asturias, salvo una que guardaban en la Diputación y que no le prestaron, no fuera que quedara descolorida al contacto con el sol, la lluvia y el viento. Segunda dificultad: el «peregrino de la asturianidad» no llevaba el calzado adecuado, a lo que parece, por lo que hubo de parar en Turón, donde hizo autostop. El caso era no sacar billete de ferrocarril o autobús. En Valladolid mereció la hospitalidad del Centro Asturiano, en el que pronunció una conferencia, espere, pues una galería entera de la mina la dedicaron a cementerio. Era lo que después se conoció como «la galería de los esqueletos», por la cantidad de restos humanos que fueron encontrados. Era el sino de la época: los esclavos que sólo tenían el derecho a trabajar y que morían durante la explotación eran acumulados en esa galería.

Desconvocado el encierro de los mandos de la Policía Nacional

Oviedo

El comité regional de la Asociación de Mandos de la Policía Uniformada (AMPU) acordó en la sesión mantenida ayer, a primera hora de la tarde, desconocer el encierro que desde el pasado martes estaban realizando los oficiales de la Policía Nacional en sus acuartelamientos.

La decisión adoptada por los mandos asturianos está acorde con un comunicado hecho público el jueves por el comité nacional de la AMPU, en el que se decidía desconvocar provisionalmente el encierro, a la espera del desarrollo de los ulteriores acontecimientos.

Suspiros de Asturias



El viejo edificio destinado a bar y economato para los mineros, aún conserva ciertas huellas de estilo arquitectónico inglés. Fundado en 1893, pertenece a una compañía asturiana que quiere volver a habitarlo para explotar unas minas de cobre

Rioseco, un pueblo inglés en el Aramo



Las casas de Rioseco sólo son ocupadas en la actualidad como cobijo para las cabras que pastan en el Aramo



FOTOS: JESUS FARRON

Maruja la de Reguerín, vecina de El Llamo, aún recuerda «las riestras de homes que subían material para preparar la mina»

Rioseco (Riosa), Evelio G. PALACIO

Rioseco es el Birmingham del Aramo, un pueblo inglés deshabitado enclavado en uno de los montes de resonancias más asturianas. Rioseco, un lugar que ya descubrieron los fenicios y los romanos, que ya era poblado desde el siglo 30 a. C., lleva casi 30 años de soledad. Pero en éste de 1986 puede volver a renacer por las mismas razones por las que siempre existió: las ricas minas de cobre, níquel y cobalto que alberga todo el macizo del Aramo.

«The Aramo Copper Mines Ltd.» llegó con sus bártulos desde Gran Bretaña y los plantó en la falda del Aramo en 1893. Ocuparon los 150.140 metros cuadrados de terreno que es el pueblo y gastaron un millón de libras en construir siete casas de estilo inglés y preparar las minas para explotar.

Pero no fueron los precursos. Pese a las difíciles condiciones de explotación en el Aramo, por el frío y la nieve, fenicios y romanos ya habían explotado el macizo, dentro de sus posibilidades. Debó ser labor muy dura, pues una galería entera de la mina la dedicaron a cementerio. Era lo que después se conoció como «la galería de los esqueletos», por la cantidad de restos humanos que fueron encontrados. Era el sino de la época: los esclavos que sólo tenían el derecho a trabajar y que morían durante la explotación eran acumulados en esa galería.

Rioseco del Aramo es hoy un pueblo deshabitado, que sigue perteneciendo a una compañía minera asturiana, la Minero Metalúrgica Asturiana, S. A. (Metastur), y que puede volver a revivir a finales de año con un plan para volver a explotar las minas. En realidad, el macizo de cobre, níquel y cobalto queda por encima del poblado. Hay incluso filones que llegan hasta la estación de televisión del Gamoniteiru. Pero este pueblo pertenecien-

te al concejo de Riosa era el centro de toda la actividad minera.

Habitado por cabras

Fue un día atractivo importante para pobladores de otros lugares de España que acudieron a la falda del Aramo en busca de trabajo e inundaron los pueblos próximos, como El Llamo, Fleguera o Las Tejeras. Hoy, Rioseco es un poblado habitado sólo por las cabras que pastan los montes del Aramo.

No es precisamente Rioseco un río seco. El agua mana en abundancia. La nieve ya alcanzó esta zona del Aramo y tardará en quitarse. Llegar al pueblo es un paseo de tres cuartos de hora desde El Llamo, subiendo por intrincados caminos donde sólo se sienten los cerceros de las cabras y los ladridos de sus defensores mastines.

Pero el agua que fluye de cualquier rincón fue causa de muchas desventuras. El pueblo tiene un manantial que da un estiaje de 20 litros por segundo. Allí, muy cerca de Rioseco, capta sus aguas el Ayuntamiento de Oviedo y de ese manantial de 20 litros beben las tuberías ovetenses en verano. Pero las minas necesitaban más agua y «The Aramo Copper Mines Ltd.» quería tomarla de otro manantial próximo, donde tenía intereses el Ayuntamiento de Oviedo. Se enzarzaron en un pleito por las aguas que llegó al Tribunal de La Haya, después de 30 años de peleas jurídicas.

Un primo del kaiser y el ingeniero

A todo esto, durante esa treintena de años, los ingleses no pudieron explotar las minas: construyeron el pueblo, prepararon las galerías y, al final, después de gastarse el millón de libras, desistieron de sus intentos de explotación por el problema del agua. Lo prepararon todo y no llegaron a sacar ni un gramo de cobre.

Fue en 1918 cuando uno de los socios de la «The Aramo Copper» cayó en desgracia. Era primo del

kaiser alemán Guillermo II y, ya acabando la I Guerra Mundial fue incluido en las famosas listas negras. La «Copper» plegó velas y dejó en Rioseco durante cinco años más a un ingeniero para cuidar las instalaciones.

La historia del ingeniero inglés resulta de lo más curiosa. Durante esos cinco años, todos los días hacía tres cosas: beber una botella de cognac en el monte, vigilando las galerías; escribir una carta a una novia londinense y ordenar a un pinche a su servicio que bajase a Pola de Lena para echar la carta al correo y comprar otra botella para beber al día siguiente. Así, día a día, cinco años.

De los ingleses sólo queda hoy en Rioseco la peculiaridad de las construcciones, sobre todo la central, que era economato, bar y vivienda. Las cabras se guarecen en las edificaciones y en las casas quedan los restos del paso de ocasionales excursionistas, de jóvenes que embadurnan las paredes y dejan constancia de su estancia.

Una ristra de riestras de hombres

Entre la niebla del Aramo asoma, más arriba de Rioseco, una torre que corresponde a la planta donde se trataba el mineral extraído para obtener el cobre.

Rioseco cambió después de manos. En 1923, con la dictadura de Primo de Rivera, una compañía sureña explotó las minas. Después estuvieron en manos de un ascendiente del actual director general de la Guardia Civil Sáenz de Santamaría. En 1946 las adquirió la Minero Metalúrgica Asturiana, S. L., que es su actual propietaria.

Julio Alonso Rato, un octogenario que no hace gala a su edad, es uno de los actuales propietarios de Metastur y él mismo confía en que las minas del Aramo y el pueblo de Rioseco puedan volver a revivir este año. Hay gestiones para ello. Mientras tanto, Julio Alonso, al lado de su capataz Ramón, también de la misma edad, recuerda aquellos

años que explotaron las minas, hasta que cerraron en 1962. La causa: la estabilización, por la cual el cobre pasó de venderse a 90 pesetas el kilo a 30.

De este último período Rioseco también tiene historia. Las galerías de la misma eran refugio de los maquis, que mantenían una excelente relación con los propietarios. Allí se escondían por el Aramo y siempre respetaron las posesiones de Rioseco. Julio Alonso Rato quiso subir una vez al monte para convivir una temporada con ellos, para conocer cómo vivían. De vez en cuando no era infrecuente en el pueblo escuchar los escopetazos de los enfrentamientos en el monte.

Aquel pueblo que nació al amparo del ingeniero holandés Alejandro Von Astraalen, llegado a la zona en 1888, sigue manteniéndose en pie pese al deterioro de los años.

Costó muchos sudores. Maruja la de Reguerín, una vecina de El Llamo, la última zona habitada antes de llegar a Rioseco, recuerda como «fue necesaria una ristra de hombres para subir el cable de acero que va a la mina. Lo enrollaban y lo desenrollaban sucesivamente hasta llegar a las galerías». Y también cómo fue necesaria la pareja de vacas de su marido para transportar mucha parte del material. Por aquel entonces, no había carretera hasta El Llamo y tampoco se había trazado la actual desde el alto del Coral a Rioseco.

El Llamo era, con la mina, otra cosa. Hoy la mayoría de los jubilados del pueblo lo son de la minería y en concreto de la del cobre. Maruja dice que las minas «dieron mucha vida al pueblo. Vino mucha gente de fuera». La agricultura es ahora la única fuente de ingresos.

Mientras, en Rioseco, al pie del Aramo, las cabras son los únicos habitantes de este singular pueblo inglés, que puede recuperar el tiempo perdido y ver como dentro de poco, otra ristra de hombres sube a las montañas para explotar las entrañas del Aramo.